

PAGINA MENORQUINA

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 5 de Abril de 1934

Núm. 565

Año X

La Divinidad de Jesucristo,

por MONSEÑOR DE SEGUR.
(Traducción de la 3.ª edición francesa por D. F. Cardona y Orilla, Pbr.º 1869)
(Continuación)

Capítulo I
Jesucristo es Dios. Pruébalo con su Resurrección y su Ascensión.

Catorce veces, durante el curso de sus predicciones, había anunciado Jesucristo el día después de su pasión y muerte resucitaría el día tercero hablando de esta resurrección como de una señal definitiva e inequívoca, con la cual podrían deber reconocerle por Hijo de Dios no solo los apóstoles sino que también los más fascinados judíos.

«La generación esta mala y adúltera señal (nueva) pide; más no le será dada señal, sino la señal de Jonás el profeta. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra», saliendo del reino de los muertos. (San Mateo, cap. XII).

Los enemigos de Jesucristo conocían tan perfectamente esta profecía y la comprendían tan bien, que su primer cuidado, después del descenso del cuerpo de Cristo de la cruz, fué vigilar el sepulcro, hacer que se apostasen allí guardias para custodiarlo, y sellar con el sello público la puerta del mismo.

Esta previsión rencorosa y de inteligencia, se convirtió en provechosa para nuestra fe, tanto como la obstinada incredulidad de los Apóstoles, y de Tomás principalmente. Ante estos hechos combinados resultan ser nada menos que unas imposibilidades materiales cuantas suposiciones de fraude ha echado a volar en este punto la impiedad, sin creer frecuentemente en ellas.

No obstante, como quiera que la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo es para nosotros lo que fué para los Apóstoles, y lo que debió haber sido para los judíos, el signo de los signos, el signo de los milagros y la prueba de las pruebas, nos es de la mayor importancia el conocer cuantos detalles conduzcan a apoyar nuestra fe sobre la evidencia.

Y ello ha ayudado a la misma Providencia Divina cuando rodeó la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo de circunstancias tan precisas que ya bastan para resolver esta capital cuestión el buen sentido y la buena fe.

(Continuará)

LES BALÉARES

(L'archipel d'or des Baléares)

de Claude Dervenn. — Dessins de M.-Y. Quibillon

Es interesante esta obra (Paris, Editions Occidentales, Ed. H. Guillard, passage Verdau, 6) publicada hace poco tiempo y presentada con atractivo arte. Tanto como por su texto agrada por sus magníficos dibujos reveladores de una independiente personalidad y de una vigorosa interpretación.

Quibillon ha visto por sí mismo los parajes y ha escogido entre ellos los que más se ajustan a su temperamento. De un modo nervioso y fuerte, con plena libertad y estilo un tanto ceñido, dibuja unas páginas impresionantes que no se ajustan por completo al aspecto risueño, luminoso y meridional de nuestras islas. Son la visión de un ambiente del norte que no acaba de adaptarse a las bellezas.

En cambio el autor del texto está dotado de un perfecto sentido de observación y adaptación. Es flexible, ágil, tiene una preparación que le permite explicarse y comprender muchas cosas que para un viajero improvisado no tendrían sentido ni interés.

Cierto está que la mayor parte del libro, está dedicada a Mallorca. Es de justicia y de rubrica. Pero hay unas páginas—de la 79 a la 95—dedi-

cadadas a Menorca, como la 97 a la 115 se hallan consagradas a Ibiza. Durante la lectura se perciben las huellas de «Les Iles oubliées», aunque la factura y la forma sean distintas. Son, sencillamente, reminiscencias de un espíritu comprensivo que se hace cargo de la injusticia con que, en lugar tan céntrico del «Mare Nostrum», entre tanta balumba de vida internacional y de historia europea, pueden permanecer dormidas y olvidadas estas islas del archipiélago de oro.

A veces los hombres, incomprensibles en sus aspiraciones, van a buscar curiosidades y exóticos leños, ignorando y desdenando lo que tienen al alcance de la mano. Es nuestro caso, el lamentable caso de las islas ensalzadas por los escritores, los artistas y el público extranjero, que hasta hace poco eran sus únicos voluntarios visitantes, mientras en España se tiene de tan privilegiado territorio muy remotas ideas.

Cierto que ahora se inicia, gracias a la propaganda mallorquina y a la que en menor escala puede hacer Menorca, un cambio a favor del conocimiento de las Baleares; pero aun es la bibliografía extranjera quien lleva la mayor parte en el estudio y difusión de estas tierras que a casi todos sus visitantes inspiran tanta simpatía.

¿Qué dice de Menorca M. Dervenn? Vamos a resumirlo.

Los autores de «Les Baléares», en vez de tomar el vapor que les conduzca a Mahón se embarcan en el correo de Ciutadella y entran en la isla de Menorca por su antigua capital.

Cuatro rasgos del barco: «un brave petit rafter, grand com un bateau-mouches», un bosquejo del avance hacia las bajas y borrosas tierras menorquinas, un esbozo de la llegada al puerto y a la ciudad, una impresión de las construcciones encaramadas sobre los muelles y sus alrededores, cuatro apuntes de las que rodean la espaciosa plaza del Borne. Y ya nos habla M. Dervenn de la carretera que atraviesa toda la isla, como si sintiera impaciencia por recorrerla. Pero se detiene un tanto a meditar y escribir. Aquí advierte ya la diferencia con Mallorca: «Car Minorque diffère de Majorque comme un continent d'un autre et quiconque connaît la

grande Baléare ne peut se faire une idée de sa soeur jumelle. C'est une surprise qui passe la dédain dont trop de voyageurs accablent ce plateau sans montagnes, dramatiques, tour a tour brûlé de soleil ou battu par la tramontane ou la pluie.»

Me complace ver confirmada una idea que, casi con las mismas palabras, he escrito varias veces. Menorca es distinta de Mallorca y es, una sorpresa. Las Baleares realizan la fórmula de la belleza: variedad y armonía. Mallorca, Menorca e Ibiza son tres hermanas, que se completan y no se parecen entre sí. Pero el conjunto es un regalo de los dioses.

Sigue M. Dervenn tratando de Ciutadella: su atmósfera social, muy atildadamente vista; su conjunto urbano, sus palacios, su catedral, la evocación del duque de Richelieu y algunos toques patrióticos que un buen francés no deja nunca de ofrendar a su amada Francia, sin olvidar unas palabras agradecidas ante la sepultura de los compatriotas, víctimas del naufragio del «Chanzzy», que allí fueron recogidos piadosamente.

Y sigue hacia el interior, parando la atención en las casas prediales y en las de «casulans», en la «naveta» de Es Tudons, en los aldeaños de la carretera y en la leyenda de «se novia d'Algender». Monte Toro, Mercadal, Alayor, inspiran breves consideraciones, como Fornells y algunas calas de la costa norte. Se nota en el autor cierta prisa por llegar a Mahón.

Ya está, por fin, en el «long fjord de sole bleu dont l'issue marine est a trois milles plus loin, entré des promontoires, des îles, des criques, tous imprégnés encore de souvenirs héroïques.»

M. Dervenn conoce bien la historia del sitio de San Felipe por el duque de Richelieu y tiene un hondo placer en recordarla. Primero da un paseo por el puerto, ve sus detalles, «se situa» en el teatro de operaciones. Luego las emprende, combate con Lan. Galtsonniere, sucumbe con Byng, recorre las trincheras con el coronel Roquepine, sigue diversas vicisitudes del sitio, triunfa con Richelieu, ve la dirección administrativa de Menorca en manos del conde de Lannion y llega hasta la regia cámara de Luis XV, donde

el monarca, irónico, le dice al Duque: «Vous voilà, monsieur le Maréchal, Comment avez-vous trouvé les figues de Minorque? On les dit fort bonnes.»

Nada nuevo, pero todo expuesto con soltura y gracia.

Después un resumen de impresiones generales: los gustos e inclinaciones del pueblo menorqués, un paseo por los puntos más notables de la ciudad y... ¡a San Luis!

Para un francés, «San Luis ha de ser doblemente simpático. Es algo suyo. Un pueblo que ellos planearon y levantaron. Un templo de su estilo, dedicado a San Luis, Rey de Francia; y en la fachada la inscripción evocadora: «Diyo Ludovico Sacrum dedicavere Galli. MDCCLXI.» Y luego, en el coro, aquel cuadro de Lessueur: «... et un tableau hélas! tres dégradé, est un don de Richelieu, héritage de son grand-oncle le Cardinal qui l'avait en son Cabinet.» Es una pena el estado del cuadro. Yo he visto en el museo del Louvre otros del mismo autor y me recordaban el de San Luis.

En conjunto, la relación de M. Dervenn es una visión exacta y afectuosa. No es uno de aquellos viajeros desdeñosos que comparan nuestra modestia con París, con Londres, y ¡claro! nos hallan insignificantes, indignos de su mirada de super-hombres. M. Dervenn sabe enfocar, comprende y hasta ama. Halla aquí muchas cosas estimables. No parece un extraño cuando se encuentra «sur le sol de l'île méconnue, dont je n'avais jamais si bien senti le charme complexe.»

Al final del libro, después de recorrer Ibiza, en unos párrafos que titula gentilmente en español «Hasta luego!», hace un repaso general de sus recuerdos baleares y repite sus frases cariñosas a estas islas que son sus amigas. Piensa en volver.

Cuánta diferencia de otros autores, ásperos, malhumorados, que pasan con gesto despectivo y se van con aire displicente!

El libro amable de M. Dervenn bien merece que a su cortés «Hasta luego!», contestemos con un urbano «hasta la vista».

L. LAFUENTE VANRELL

16 DESCRIPCIÓN DE LA ISLA DE MENORCA

severamente castigados. En cuanto el mariscal hubo tomado posesión de la ciudad, se celebró un Te Deum en la iglesia principal al mismo tiempo que la escuadra y las fuerzas ya desembarcadas hacían una triple salva de cañón y de fusilería. Acto seguido el mariscal dió un gran festejo a las autoridades.

El 19 el mariscal tomó posesión de un pequeño fuerte, abandonado por los ingleses, que sirve para defender Fornelle, reducido puerto situado en el lado oriental de la isla en la pequeña bahía de su nombre.

El 20 los marqueses de Mesnil y de Monteynard, ambos tenientes generales, con un destacamento de veinticuatro compañías de granaderos y la brigada real, avanzaron a Mercadal desde donde siguieron hacia Mahón con objeto de bloquear aquel puerto en su parte oriental mientras que el cuerpo principal se dirigía a San Felipe; en cuyo fuerte se había refugiado el general Blakeney al frente de sus tropas que ascendían a 2500 hombres según unos o a 5000 según otros. Este mismo día emprende la marcha la artillería pesada designada para el sitio. La flota mandada por de la Glassoniere, está preparando el bloqueo para impedir la entrada en el puerto de Mahón, en expectación de la llegada del almirante Bing, con órdenes para disputárselo.

Los isleños dieron muestras de complacencia a la llegada de los franceses, prestandoles la asistencia posible en el desembarque y en el de su artillería, y abasteciéndoles de toda suerte de provisiones.

El 22 de Abril los franceses entraron en la ciudad de Mahón.

BIBLIOTECA DE «EL BIEN PÚBLICO» 15

Stanhope, comandante del navío de guerra *Milford*, quien actuando como activo voluntario a las órdenes de su hermano el general Stanhope, halló desgraciada muerte el 28 de Septiembre de 1708 en el sitio de este castillo, habiendo dado señaladas pruebas de intrépida bravura.

La capilla dedicada al servicio de la iglesia anglicana es la que cuenta con menos ornamentos de las de toda la isla, pues los gobernadores, residentes casi siempre en Mahón han dejado para la guarnición, hasta hace poco, ha servido de lugar de enterramiento, y no ha muchos años fué erigido en ella un honroso monumento con una elegante inscripción latina en memoria del brigadier Rano (I) cuyo cuerpo descansa junto a ella.

Ante la entrada del fuerte hay un hornabeque que la defiende. Si alguien más trabajador que yo hubiese hecho una descripción de la isla, no hubiera resultado la presente tan fastidiosa.

(I) Debe de referirse a Kane (N. del T.)

